

RÚJULA, Pedro y RAMÓN SOLANS, Javier (eds.), *El desafío de la Revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Comares, Granada, 2017, 356 pp.

Por desgracia, hoy resulta cada vez más fácil pensar un futuro donde las consignas de libertad, igualdad y fraternidad dejen de orientar la acción política en nuestras sociedades. Campean a ambos lados del Atlántico discursos que promueven la intolerancia, la xenofobia y eluden en su agenda el problema de las desigualdades civiles y sociales. El regreso de las derechas es lamentable, sin dudas, pero poco haremos para evitarla si seguimos considerándolas una aberración histórica. Ese diagnóstico simplista debe mucho a la supervivencia de un relato que los editores de este libro llaman «paradigma revolucionario». Esto es, la interpretación de la historia contemporánea de Occidente como la de un cambio ineluctable impulsado por los motores de la doble revolución: industrial y liberal-democrática.

La propuesta de este volumen es abandonar ese paradigma para arrojar luz sobre el amplísimo abanico de ideas y actores que, desde fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX, se levantaron contra las novedades de la revolución. El heterogéneo mundo contrarrevolucionario deja de verse, así, como una mezcla de rancios sectores resistentes al cambio y quijotes nostálgicos en busca de una restauración imposible. Por el contrario, los editores del libro proponen en la introducción un cambio de enfoque que resuelva lo que denominan «paradoja de la reacción»: si los contrarrevolucionarios y sus ideas eran extemporáneos, y su destino, en el mejor de los casos, se reducía a una permanencia ruinosa en un mundo que les era extraño, ¿cómo es posible que ellos mismos cambiaran tan ostensiblemente para sobrevivir, utilizaran herramientas modernas, gozaran de tanto arraigo social? Para resolver esta paradoja los editores proponen devolver historicidad a los agentes reaccionarios, analizándolos como partícipes del proceso de cambio y, por ende, capaces de incorporar las herramientas que el mundo les ofrecía para consolidar sus opiniones. También implica considerarlos opciones válidas, portadores de discursos que forjaron, para usar un término de R. Koselleck, horizontes de expectativa en las sociedades en las que actuaron. Incluso puede pensarse que las fuerzas de la reacción no sólo se incorporaron a los procesos de modernización adoptando muchas de sus características, sino que contribuyeron a modelarlos en un doble sentido: en primer lugar porque su acción limitó algunas de las posibles salidas revolucionarias, pero además, porque los proyectos revolucionarios mismos se fueron moldeando en interacción con las fuerzas de la reacción.

Las colaboraciones de este volumen fueron agrupadas en cuatro secciones: la primera destinada a las respuestas monárquicas, la segunda al estudio de las movilizaciones sociales contrarrevolucionarias, la tercera al mundo de las ideas que articularon el pensamiento de la reacción y la cuarta al mundo católico. Este úl-

timo apartado nos da un indicio sobre el recorte espacial de la obra: todos los capítulos refieren al gran espacio gobernado en el siglo XVIII por la dinastía Borbón. En su mayoría, son reflexiones para la monarquía española, pero también hay trabajos sobre el reino de las dos Sicilias y sobre Francia.

En la sección destinada a las respuestas monárquicas, sobresale como problema el desafío que le plantearon a la legitimidad dinástica las nuevas declinaciones del patriotismo en clave nacional. Frente a ello, los casos de España (Rújula) y el reino de Nápoles (Sonetti) nos muestran que el principio dinástico fue capaz de movilizar en clave patriótica y presentar alternativas estamentales, carismáticas y religiosas (y no por ello menos novedosas) al vínculo abstracto e igualitario de la nación. La dinámica entre monarquía y república, dinastía y nación también permite analizar la relación entre las independencias hispanoamericanas y la restauración en Europa como un proceso bidireccional, en el que los actores a ambos lados del Atlántico tomaron decisiones pragmáticas. De allí que no todos los movimientos de independencia fueran revolucionarios, ni todas las monarquías europeas resistieran las independencias (Frasquet). Pero el pragmatismo contrarrevolucionario tuvo sus límites. Si bien la Real Hacienda española de las restauraciones fue capaz de combinar políticas de la tradición administrativa absolutista con medidas de inspiración liberal para paliar el quebranto fiscal y acoplar la Península a los cambios de la economía europea, esas políticas, basadas en la homogeneidad jurídica de los actores económicos, chocaron con los privilegios de los sectores tradicionales que habían apoyado el regreso Fernando VII al trono.

En la segunda parte se saca provecho de los enfoques de la «historia desde abajo» y la historia transnacional para comprender el complejo universo contrarrevolucionario. El capítulo sobre los voluntarios realistas de Madrid (París Martín) y el dedicado al pensamiento de un herrador vasco (Artola, Ochoa de Eribe y Ulibarri) se sumergen en las motivaciones y el pensamiento de los sectores populares y las clases intermedias para mostrar que los móviles y las ideas de estos sectores respondían a sus propias realidades y representaciones y no a un impulso heterónomo o a una inercia atávica. La construcción de una causa y una identidad contrarrevolucionarias a escala transnacional (Dupont) es otro índice, no sólo de la capacidad de adaptación a las novedades, sino incluso del protagonismo que asumió la contrarrevolución en la construcción de una esfera pública y una agenda política globales. En este plano, la cuestión italiana, con la defensa de Roma (Alonso) y del legitimismo borbónico (Pinto), se demuestran como una cantera fértil para explorar las características de este internacionalismo contrarrevolucionario.

En la tercera sección, las ideas se tratan como un «campo de batallas». Esta metáfora es consecuente con el planteo general de la obra. Las ideas contrarrevolucionarias litigaron con otras (a veces entre sí, como demuestra Butrón Prida) y el resultado de esa lucha estaba abierto. La apuesta consiste en desplegar la mi-

rada más allá de los cenáculos intelectuales, hacia espacios, actores y prácticas difundidos en todo el espectro social. El estudio de autores marginales y olvidados (o de pasajes marginales de autores centrales) permite descubrir las áreas grises de contacto entre liberalismo y conservadurismo (Armenteros), y analizar la batalla por los conceptos en un diccionario de gran difusión (Capellán de Miguel). El campo mismo de combate se amplió a medida que la contienda se trasladaba a espacios populares, como el del teatro y la festividad (Salgues), o a los formatos propios de la «modernidad», como un relato histórico de la revolución francesa en entregas (de Francesco), o la prensa periódica (Durán López).

La tercera sección encuadra la relación ambigua y fluida entre modernidad y contrarrevolución en los debates de la secularización del mundo católico. Como señala Menozzi, el catolicismo no sólo se modernizó en un sentido instrumental, sino que participó también en la definición de un rasgo central de la modernidad como sistema de valores y principios: la separación entre lo sagrado y lo político, la Iglesia y el Estado. No fue una separación tajante y a pesar de la Iglesia. Como lo muestran el trabajo de Di Stefano para el caso argentino y el estudio de Mínguez Blanco sobre la «feminización del catolicismo» en España, el trazado y permeabilidad de las fronteras fue específico de cada espacio geográfico y dimensión de la vida pública. En todo caso, al disputar la sacralidad de las nuevas entidades políticas, los católicos colaboraron en la consolidación de espacios autónomos frente al Estado.

*Ignacio Martínez*